

# La rebelión electrónica

Víctor Pliego

**CASI** nadie se rebela hoy, ni siquiera los irracionales en las granjas, pero sí lo hacen los aparatos cotidianos, cada día más insurrectos y desobedientes. Su manejo se convierte en una lucha constante y denodada, que nos agota nervios y dineros. En un arrebato, mi amigo Ramiro tiró su ordenador por la ventana y solo así conquistó la paz por algún tiempo. Yo estoy peleado con la cerda de mi impresora, que me cuesta más que una hija yonqui, de tanta tinta como chupa. Y es que la tinta de impresora es más cara que la gasolina y cuesta más que muchas drogas. Eso de que la demanda rebaja los precios es una trola que la cruel realidad desmiente cada día.

Para evitarme soponcios, prefiero olvidarme de Manuel Luque y no comparar los precios de tinta y petróleo porque, entre otras cosas, no podría usar petróleo en lugar de tinta, aunque quisiera. Mi perversa impresora se rebela sistemáticamente y se para cuando quiere, pidiendo más tinta nueva, la muy insaciable, aunque se observe un visible y cumplido remanente en el cartucho repudiado. No hay forma de sacarla de su error, perfectamente programado por sus perversos y avariciosos creadores, así que tengo que desperdiciar los restos y reponer para desbloquearla.

Mi único consuelo es saber que, como todos los ingenios de nuestro tiempo, también sus días están contados y que sin duda morirá por algún fallo intrascendente mucho antes de lo que sería lógico. Es lo que se conoce como obsolescencia programada.

Otros ingenios insumisos son los teléfonos móviles, de vida tan efímera como las mariposas. Entre sus variadas flaquezas podemos enumerar la desaparición de los números impresos en las teclas, el desfallecimiento de la alimentación o la rendición de la antena (los que la tienen), por no mencionar los caprichos de la cobertura. Estamos en manos de aparatos con vida propia que nos imponen sus ritmos. Pensamos que nosotros los usamos, pero son ellos quienes nos utilizan y consumen.